Lección 12
(10 al 17 de Septiembre de 2011)

La adoración en la iglesia primitiva

Rubén Aguilar

Un conductor, cuando acciona la llave para encender el motor de su vehículo, manifiesta dos actitudes conscientes para concretar la actividad deseada: conocimiento y confianza. El conductor sabe que la máquina que pretende utilizar fue fabricada con el propósito de transportar personas; al mismo tiempo cree que aquella compleja máquina funcionará con eficacia. Generalmente, toda actividad –ya sea en el área tecnológica o científica– para ser concretada, requiere esas dos expresiones de la persona humana.

Los eventos del pasado que forman parte de la Historia, general o biográfica, igualmente necesitan del conocimiento de ciertas evidencias y una dosis de confianza o fe, para ser aceptados como conocimientos reales. Los documentos que registran determinado evento producen, al mismo tiempo, un vacío amplio en los detalles que no han sido registrados. La mayor cantidad de documentos, contrariamente a lo esperado, amplía el espacio de los detalles ignorados. Generalmente, el vacío de detalles es llenado por la fe, depositada en el propio registro documental o en el resultado de experiencias semejantes.

Hay una tendencia a considerar a un evento como real, sólo a aquél que puede ser documentado, a despecho de las opiniones personales referidas al caso. Esa tendencia atenta negativamente contra la opinión o el registro de quien procesa la narrativa histórica. Un ejemplo extensivo de esta tendencia es lo relacionado a la vida de Jesús. Personas que propagan esa forma de interpretar la historicidad de Jesús aceptan únicamente lo que puede haber sucedido con el Maestro galileo, según los patrones de vida y comportamiento de un ser humano común de su época. Obviamente, niegan los hechos portentosos realizados por Jesús, tales como la multiplicación de los panes, el sanamiento de los paralíticos, la visión devuelta a los ciegos, la resurrección de Lázaro, su propia resurrección, etc. Este procedimiento es una forma extrema de analizar y relatar el tema del Cristo histórico.

Es imprescindible manifestar fe en los detalles que documentos históricos no relatan. En relación a la vida de Jesús, negar los escritos evangélicos sería apartarse de las fuentes históricas primarias. La muerte de Jesús causó consternación y una intensa frustración en la mente de sus discípulos. Tan intenso fue ese sentimiento que ellos tuvieron dudas acerca de su resurrección. Pero Jesús les dio “muchas pruebas”, “convincentes”, acerca de ese hecho, a punto que sus seguidores emprendieron la gran misión de difundir esa verdad. En aquél tiempo, muchos creyeron en la resurrección de Jesús, y con profunda fe, colocaron su vida en el crisol del sacrificio, como un acto de adoración al Dios encarnado.

La predicación de la Palabra

El grupo de discípulos conformado por Jesús emprendió una actividad de obediencia y dedicación a la misión aceptada. La adoración expresa, ya no sería en los atrios del Templo, ni durante la ceremonia del cordero inmolado cuya sangre escurría por el altar y las manos del ejecutor. La adoración pasó a realizada bajo la órbita divina, "en espíritu y en verdad", y hecha efectiva en la esfera del servicio, pues la verdadera adoración debe ser tributada al único Dios verdadero y, sólo a Él se deber servir.

En el período apostólico, el culto llevado a cabo como forma de adoración se concretó a través del don de la predicación. Algunos movimientos político-sociales contribuyeron para que la predicación del evangelio redentor alcanzara lugares extremos del centro de difusión del cristianismo. Entre esos hechos podemos mencionar a la "diáspora", o dispersión de los judíos, por imposición del poder romano, de las ciudades de Palestina, con el fin de evitar conglomeraciones que derivaran en una rebelión. Muchos judíos convertidos al cristianismo que fueron víctimas de esa decisión política, llegaron a tierras extrañas y lejanas y adoraban a Dios mediante la predicación del evangelio. Otro hecho a ser mencionado y que contribuyó a la predicación apostólica fue el derramamiento del Espíritu Santo en medio de los eventos conmemorativos de la festividad del Pentecostés. Centenares y miles de personas de distintas nacionalidades y lenguas, "llegados de todas las naciones debajo del cielo" (Hechos 2:5), visitaban Jerusalén y otras ciudades de Palestina. El poder divino se manifestó en la ocasión, permitiendo que cada persona oyera la predicación del evangelio en su lengua materna (Hechos 2:8), y –como resultado de este acto prodigioso– tres mil personas aceptaron el nuevo mensaje.

Los métodos utilizados para ejecutar la magna obra fueron: la *kerigma* ("proclamación"), y la *didaké* ("enseñanza"); los mismos que los seguidores de Cristo han practicado a lo largo de los siglos. El significado de estos términos permite tener una idea de la forma de la obra llevada a cabo. La proclamación del mensaje evangélico era efectuada en lugares en los que la concentración de personas era permitida, en espacios abiertos como en el discurso del apóstol Pedro durante los días de Pentecostés; en el pórtico del Templo, como sucedió algunos días después del primer evento. La *didaké* o enseñanza era el intercambio interlocutorio entre una persona que necesitaba ser instruida en el contenido del mensaje y el instructor, tal como fue el caso del encuentro de Felipe con el oficial etíope, en la ruta a Gaza.

El tema de las predicaciones era el establecimiento del Reino de Dios en sus dos fases: la primera, el reino de la gracia; y la segunda, el reino de la gloria. El reino de la gracia constituye el agrupamiento de personas que, a través del arrepentimiento y la fe, aceptan seguir la doctrina de Cristo (Hechos 2:38). Viven en este mundo, pero no pertenecen a él. El reino de la gloria abarca el conjunto de personas de todas las épocas, en una gran multitud, quienes –permaneciendo fieles a Dios– recibirán finalmente la recompensa de la vida eterna en las mansiones celestiales.

Pablo en el Areópago

En la ciudad de Atenas, en tiempos de la Grecia antigua, dos colinas se destacaban como lugares de concentración popular. La más importante era la Acrópolis, donde se erigieron varias y suntuosas edificaciones; entre ellas, el Partenón y el teatro de

Dionisio. Un poco más al norte de esa elevación, estaba la colina denominada Areópago. El significado de este nombre no es muy claro, pero muchos consideran que en él hay una referencia al dios Ares "señor de la guerra", Marte para los latinos. La alusión al dios de la guerra, expuesta en el vocablo Areópago, es de tal trascendencia que motiva la aceptación etimológica de este nombre con el significado de "colina de Marte".

El Areópago era un lugar amplio, que servía como foro de pensadores. Allí exponían sus ideas al debate popular. Esa colina albergaba unas pocas edificaciones; entre ellas, posiblemente el predio de la autoridad comunal, donde se reunía el concilio de la ciudad. Otro edificio público era el palacio de la corte tribunalicia, donde se realizaban reuniones de juristas y también donde los integrantes del tribunal de justicia procedían al juicio de los acusados. En la época de Pablo, el espacio abierto en la cumbre de la colina, era frecuentado por personas versadas en las bases filosóficas del pensamiento griego, especialmente los seguidores del epicureísmo y del estoicismo. Sentados en las bancas de piedra, muchos aguardaban la disertación de un expositor del pensamiento filosófico que pudiera entretenerlos en sus elucubraciones, para luego iniciar un debate. Fue allí que Pablo presentó el mensaje del evangelio de Cristo.

Pablo, convertido al cristianismo, ostentaba una personalidad bien fundamentada en el conocimiento cultural de la época. Judío de elevado intelecto, él mismo destacaba el privilegio de haber sido educado "a los pies de Gamaliel" (Hechos 22:3), el más famoso y respetado rabino fariseo de aquella época. Por el contenido de sus epístolas podemos deducir que él también conocía las costumbres populares prevalecientes en la época, tales como las luchas, carreras, juegos atléticos, coronación y premiación, etc. que sirvieron como base ilustrativa para sus mensajes aplicados a la experiencia cristiana. Pablo tuvo la oportunidad de demostrar su conocimiento de la filosofía griega cuando, ocupando el pétreo estrado del Areópago, reservado para los expositores de las especulaciones filosóficas, sintió que su presencia había atraído la mirada curiosa de los muchos espectadores reunidos en la ocasión.

Los interlocutores de Pablo eran personas versadas en las corrientes filosóficas más populares de la época tales como el epicureísmo y el estoicismo. El relato bíblico identifica algunos de esos letrados con el epíteto de filósofos (Hechos 17:18). Epicuro y sus seguidores deseaban "salvar" a la humanidad de la oscuridad religiosa y promovían la exclusión de los dioses para disfrutar una vida de bondades y placeres. Creían en la existencia de dioses hechos de átomos de materia refinada, pero que no interferían en la naturaleza. El estoicismo, por su parte, en la época de Pablo gozaba de mayor popularidad que las irradiaciones luminosas del pensamiento de Platón y Aristóteles juntos. Los estoicos creían en la existencia de un Dios inmanente del universo; una fuerza que determinaba el modo de ser de las cosas, por lo que recibía el nombre de *Logos Spermatikos*. Era también identificado como *pneuma*, "aliento". Esta cualidad hacía que estuviera presente en todas las cosas e incluso en los acontecimientos.

Para el apóstol Pablo, revelar los atributos del Dios Verdadero y disertar sobre el ministerio redentor de Cristo, era un acto de extrema contrición; una actitud de concentración profunda y de consumada adoración, donde la naturaleza humana fuera sofocada por la naturaleza divino, lo que le había hecho exclamar: "Ya no vivo yo, sino

Cristo vive en mí” (Gálatas 2:20). La predicación consciente y responsable es un acto de adoración.

Entre sus argumentos, Pablo destaca la versión desconocida de los seguidores de Epicuro, en lo que respecta a la naturaleza divina. Hizo alusión al “dios desconocido”, cuyos atributos constituían una nebulosa para las mentes de los pensadores de aquella línea filosófica. Pero luego, en su discurso, Pablo atrajo la atención de los seguidores del estoicismo haciendo referencia a la afirmación de Arato de Cicilia, en su obra *Phaenomena*: “nosotros en él vivimos, y nos movemos, y existimos”, declarando el origen de esa premisa, con la afirmación “como algunos de vuestros poetas han dicho” (Hechos 17:28). Así, el apóstol, con un franco sentimiento de adoración, presentó al Dios verdadero y la gracia redentora de Cristo a un auditorio cuyo intelecto era eminentemente racional.

La adoración contraria a la ley

La predicación de la Palabra de Dios es un acto de adoración. Pero esa forma de adoración puede no ser efectivamente positiva, y hasta llegar a convertirse en negativa y alcanzar el límite de la blasfemia, cuando no reproduce la voluntad divina, aún cuando la intencionalidad del mensaje sea de servicio. Uno de los principios fundamentales de la predicación como forma de adoración es su plena concordancia con las aseveraciones bíblicas. Interpretar correctamente las enseñanzas bíblicas, las sentencias que reflejan los atributos divinos, las figuras de la visión profética, las metáforas y simbolismos del patrón didáctico de cada prescripción, las reglas y orientaciones legales que conducen las actitudes de los creyentes, los patrones rituales de las ceremonias festivas, todo eso debe ser bien entendido para no desfigurar ni tergiversar la verdad revelada.

El pueblo de Israel tuvo el privilegio del que ningún otro grupo étnico pudo disfrutar: el de establecer una religión basada en la revelación divina. Otras naciones crearon y establecieron formas religiosas estimuladas únicamente por la expresión sentimental y racional de sus precursores, carentes de iluminación de origen sagrado. Pero el mayor privilegio que ostentó Israel fue el de haber sido la nación en cuyo seno se gestó, de manera milagrosa, la encarnación del Hijo de Dios. Cristo, Dios entre los hombres, especialmente entre los judíos de Palestina, constituyó la mayor revelación que el Ser divino podía ofrecer al mundo. El vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron (Juan 1:11).

Los judíos no adoraron a Jesús, ni siquiera por medio de un simple reconocimiento como Mesías, ni mediante la obediencia a sus prescripciones. Poseían copias de los libros sagrados, en los que se entremezclaba texto sagrado con relatos no inspirados, de tradiciones originadas en las costumbres de los antepasados, de interpretaciones que no estaban de acuerdo con el texto original, y de sentencias socio-filosóficas que resultaron en una versión denominada Talmud. Son muchas las referencias que el escritor evangelístico menciona sobre las circunstancias en las que Jesús fue rechazado, amenazado y escarnecido por los judíos, motivados por la exaltada autoridad que ellos le atribuían a las tradiciones en desmedro de la luminosidad irradiada en la originalidad de la copia sagrada.

Luego del martirio de Cristo, la Iglesia fundada por Él se integró, en su mayoría, por judíos conversos, acostumbrados a los rituales y a las tradiciones de sus antepasados. Ellos aceptaron el cristianismo como la realidad mesiánica que daba continuidad al judaísmo, pero sin eliminar algunos ritos inherentes a su práctica religiosa. La convicción predominante de la nueva fe cristiana era: la Ley y Cristo. Este concepto, inicialmente sin consecuencias de orden moral, se erigió como un escollo en el estrecho camino en el que el cristianismo comenzaba a transitar, cuando la predicación alcanzó a conversos de otras nacionalidades. Esos nuevos miembros de la iglesia estaban ajenos a los ritos judaicos, y fueron atraídos al cristianismo por la predicación de Pablo, que exaltaba la misión y el sacrificio redentor de Cristo, como cumplimiento de las leyes ceremoniales establecidas para el servicio del santuario. A causa de la novedad expuesta por Pablo en su prédica, fue acusado por los cristianos judíos como practicante de una forma equivocada de adoración, "contraria a la ley" (Hechos 18:13).

Dilucidar cuál de los dos mensajes era la real expresión de la adoración de la iglesia de Cristo fue una necesidad que llevó a los líderes apostólicos a celebrar el Concilio de Jerusalén. En esa ocasión se deliberó acerca de si los ritos judaicos eran prescindibles para la fe cristiana. Cristo había venido a cumplir la Ley del Pacto. Antes de exigir de los gentiles una sumisión a esa forma desviada de interpretar el ritualismo veterotestamentario, el mensaje vivo, que trasciende el aroma de la adoración, debe contener la esencia del amor.

La predicación es una forma de adoración auténtica, cuando interpreta correctamente la revelación divina, transcripta en la Sagrada Biblia.

Dr. Rubén Aguilar
Profesor de Teología
Univ. Adventista de San Pablo
Campus II



Traducción: Rolando D. Chuquimia
© RECURSOS ESCUELA SABÁTICA

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática